

Dos jóvenes escritores levantinos

El cabrero poeta y el muchacho dramaturgo



Miguel Hernández, el joven poeta que compone sus versos mientras apacienta las cabras.
(Foto Llopert.)

El muchacho—tiene veinte años—llega azorado y encogido. No es para menos. Lo que este joven moreno, de frente despejada y facciones enérgicas tiene que decir, es algo grave. Aun teniendo sus años, el lanzar el substantivo que a él le bulle en el pensamiento encoge el ánimo. Acaso dentro de unos años—cuatro, cinco—lo proclame a voces por cafés y salas de redacción; luego, si es verdad, no será necesario que lo diga; lo dirán por él. Lo difícil es decirlo ahora, cuando todavía no lo sabe nadie más que él, cuando puede—¡ay, Dios!—estar equivocado. Por todo esto, que confusamente sabe o intuye, Miguel Hernández se presenta azorado y encogido.

Nosotros le estamos mirando con simpatía, y como vemos asomar por el bolsillo de su americana unas cuartillas, alargamos, sonriendo, la mano para que nos las entregue.

El muchacho tiene un momento de vacilación.

—Yo...

—Ya, ya comprendo. Usted trae una informacioncita. Y ahora siente cortedad. ¿No es eso?

—No. Precisamente eso, no. Yo... En fin; yo soy poeta.

Esta sencilla, está inesperada y bella palabra nos ha llenado de perplejidad. Porque no estamos preparados para enfrentarnos, así, sin más ni más, con un poeta. Claro que a él, al poeta, le ocurre lo mismo; se encuentra en idénticas circunstancias y, además—esto debe ser atroz—, tiene que confesar su lírica condición. Miguel Hernández se ha puesto en pie, ha sacado las cuar-

tillas del bolsillo y nos las pone delante resueltamente.

Cuando un joven de veinte años alarga así sus primeras cuartillas, hay que tomarlas y leerlas.

Pues no están mal los versos. Y por si en este joven hay un poeta de verdad, inquirimos detalles de su vida.

—Mi padre—dice—es pastor de cabras en Orihuela, y lo mismo fui yo desde los catorce años. Antes fui a la escuela, donde aprendí a leer y escribir. Lo primero que leí fueron novelas de Luis de Val y Pérez Escrich. También he leído el "Quijote".

Le alentamos con la atención. No queremos preguntar nada para que él diga todo lo que tiene tan pensado, tan escogido. Toda su verdad interior.

—Miró es el escritor que más me gusta y el que acaso haya influido más en mí.

¡Miró! El maravilloso poeta de la mirada serena y la prosa de filigrana, de volumen, de carne, de luz y sol y viento.

Esta admiración por el gran escritor levantino aún capta más nuestra simpatía.

cantina le tiendan la mano, le ayuden a estudiar, a prepararse para "ser".

Virgilio Soler Pérez es el otro poeta levantino. Pero éste no es un puro poeta lírico, sino un autor de comedias más o menos astracanesca y en verso.

Lo interesante de este escritor es su precocidad. No tiene más que quince años y ya ha estrenado dos comedias en su tierra natal, que es Alicante. Ha estrenado dos y tiene escritas, y prontas para el estreno, cuatro más. En el telar hay otras que se van tejiendo. Como ustedes ven, el caso de precocidad merece destacarse, ya que las obras estrenadas han tenido un éxito franco, y es muy posible que se representen en Valencia dentro de esta temporada.

Virgilio Soler logró su primer éxito literario en un concurso de un diario madrileño, donde le premiaron un cuento.

Infelizmente, el muchacho, que con tan claras disposiciones irrumpe en la vida escénica, padece de paraplejía, lo que le impide salir con

la frecuencia deseada de su cuarto de estudio y trabajo. Sólo ha podido presenciar cinco o seis representaciones teatrales, y con esta experiencia, nada profunda, le ha bastado para escribir, con soltura y gracia, dos comedias en verso, que han sido calurosamente aplaudidas por el público.

ESTAMPA celebra la ocasión que le dan estos poetas de Levante para alentarlos y presentarlos a los lectores en la esperanza de que han de dar días de satisfacción a las letras patrias.
F. M. C.



En la huerta oriolana, a la sombra de las barracas, el poeta, rodeado de su rebaño, sueña "camino de la tarde".

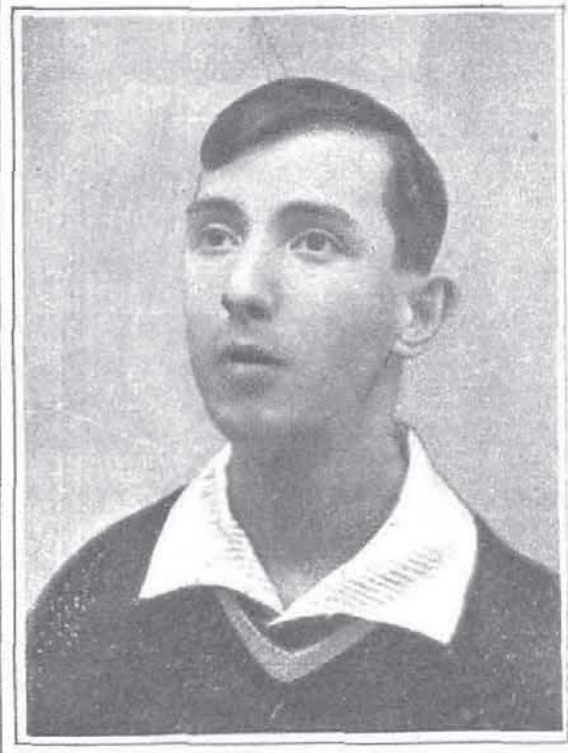
—He leído a Góngora, Rubén Darío, Gabriel y Galán, Machado y Juan Ramón Jiménez. El que más me gusta es Juan Ramón.

Los primeros versos los escribió a los diez y seis años y pudo publicarlos en revistas de Orihuela. Está en Madrid desde diciembre. Y ha venido a luchar.

Sólo por sus admiraciones—Miró y Juan Ramón—se le puede juzgar con toda cordialidad. Pero es que, además, el joven Miguel Hernández es despierto, rima con gran facilidad y apunta un fino sentido lírico, que si logra cultivarse ha de dar a su tierra levantina motivos de satisfacción y orgullo.

Yo sé mirar hacia el hondo zafir
donde una lumbré se pone a temblar,
y sé pensar y llorar y sentir...,
pero no sé ni escribir ni explicar.

Este es el hombre. Tiene lo que no se compra; le falta lo que se puede adquirir. Porque sinceramente creemos que puede ser, le asomamos a nuestras páginas con la esperanza de que el Ayuntamiento de Orihuela o la Diputación ali-



Virgilio Soler Pérez, de quince años de edad y ya autor aplaudido de varias obras teatrales.